



CULTURA

In Memoriam

Antonio Fernández Molina 1927-2005

M.P.F. de J. Ruyz

Antonio Fernández Molina (AFM) nació como tiene dicho muchas veces en Alcázar de San Juan por casualidad, pero nunca dejó de decirlo a los cuatro vientos de sus poemas, sus pinturas y sus múltiples actividades de polifacético. A.F.M. apenas vivió sus primeros años en Alcázar y la visitaba con menos frecuencia de lo que el hubiera querido. Murió el pasado día 20 de marzo en Zaragoza a causa de una crisis cardíaca.

Su vida ha estado compuesta de casualidades que se engarzaban escribiendo versos, leyendo libros, pintando, hablando, paseando, escribiendo cartas con tinta imborrable y viajando de lugar en lugar. Casas de Uccda, Viñuelas, Guadalajara, Albacete, Alcoy, Madrid, Palma de Mallorca y una larga estancia en Zaragoza.

A Zaragoza llegó de la mano de otro poeta Miguel Labordeta y AFM para este viaje al interior de su interior, dejó de la mano en Palma de Mallorca a Camilo José Cela con quien trabajó muchos años y estuvo al cargo de algunas de sus actividades literarias como la Revista *Papeles de Son Armadans*. Pero la intensa vida de Antonio no es sólo eso: ejerció como maestro, vivió desde muy joven la revolución de las últimas vanguardias españolas, fue militante libertario y escritor postista hasta hace dos o tres meses que presentaba una exposición de su obra plástica en una de las galerías con realengo de Madrid.

Antonio viajaba en tren durante horas y leía incansablemente un libro tras otro que anotaba o corregía, especialmente si era suyo y cuando el cansancio daba con su cabeza en los respaldos de los asientos soñaba historias, tantas historias que más de un centenar se transformaron en libros repartidos por todo el mundo. A veces, cuando se despertaba repleto de alegría, sus vivarachos ojos recorrían el vagón y encasquetándose un sombrero con aire de niño recién aprobado, decía a los viajeros: El poeta vuelve a su casa, y relataba incansablemente versos e historias que fascinaban a sus compañeros de viaje.

Al llegar a cualquier ciudad, con una colección de dibujos en una carpeta, entraba y salía de los hoteles, las tabernas, las tiendas, los restaurantes y los teatros.

Antonio fue siempre un ser entregado a la vida, pasional en sus acciones y superviviente en las situaciones más difíciles que alguien pueda imaginarse, obligado consigo mismo y su



Foto: Paula Montalvez

gran familia, escribió miles de artículos en los periódicos, miles de críticas de arte y textos para catálogos, dio miles de conferencias en todo tipo de centros, llevó a los jóvenes el gusto por la lectura y defendió siempre la literatura como expresión personal del autor. Se regocijaba hablando de los escritores malditos y los malditos escritores, dos tipos de autores bien significativos y definiéndose como un maldito escritor de los escritores malditos.

El mundo literario y plástico de Antonio Fernández Molina, es un auténtico universo repleto de personajes fantásticos

a veces personajes que escriben sobre sí mismos y sobre otros, utilizando todo tipo de trucos de autor para escribir con seudónimos, heterónimos y otras argucias donde su persona sólo se satisfacía con el hecho creativo. Para Antonio lo importante fue siempre escribir y escribir.

Destacar la obra de AFM en estos momentos en los que ha sido presentado como candidato al premio de las letras de la Fundación Príncipe de Asturias, es labor más que larga especialmente por amplitud de la misma, pero una de sus facetas menos conocidas por los lectores en general, era su vocación epistolar. AFM conservaba en sus archivos una, quizás la última de las colecciones epistolares más importantes de este último medio siglo. Se carteaba diariamente y a pluma con una media de quince o veinte personas del ámbito literario y artístico de toda Europa, todos los autores de su entorno generacional y los más jóvenes estaban en permanente contacto con Antonio, enviándose mutuamente libros, revistas y originales y comentando el ambiente artístico y literario del momento. Sin querer olvidar a ningún comentarista sólo apuntaremos el nombre que utilizaba Fernando Arrabal para referirse al artista. Antonio Fernández Molina Genio. Este tercer apellido que le aplica Arrabal encuadra la obra y la personalidad de este artista.

Hace poco tiempo que celebraba sus cincuenta años de relación con la poesía, cincuenta años publicando libros y militando como poeta activo, este hito de la cultura contemporánea y manchega, hoy abrimos un nuevo capítulo de la trayectoria de Fernández Molina, un artista y escritor de su tiempo gloria de la cultura contemporánea, hombre íntegro y representante de la verdadera literatura y el arte libre.



En este año del centenario quijotesco, A.F.M. estaba dispuesto a negar toda relación del binomio Cervantes-Quijote con Alcalá de Henares. Haciendo referencia a su vida en Alcalá donde nunca encontró un giro, una palabra, una expresión que tuviera que ver con el Quijote. De otra manera en La Mancha se había despertado al amanecer, muchas veces, entre ensoñaciones quijotescas, al oír el habla común de las gentes, que se confunde la propia literatura de la novela.

Su obra literaria se caracteriza especialmente por su originalidad temática y la ruptura de las barreras entre los géneros literarios, entre la poesía y la prosa. Un sentido humorístico de las cosas envuelve en todo momento la obra, convirtiendo lo imaginario en real y lo real en imaginario, siendo autor activo desde 1951 cuando fundó *Doña Endrina*.

En cuanto a sus pinturas, sus grabados, sus tintas, sus dibujos, una vez conocida su obra es imposible que pase desapercibida. Yo la he visto en los sitios más inverosímiles: en tablillas, cartones, bandejas de pasteles, invitaciones reaprovechadas, en las mejores galerías y las tabernas más oscuras. En cualquier caso a quien conozco poseedor de alguna, le satisface y le recuerda siempre al pintor-poeta con afabilidad y grandeza.

AFM tenía un interés especial por los escritores pintores y estudió a lo largo de su vida las figuras más destacadas en este sentido, aunque en su generación era habitual encontrar esta doble línea creativa; estudió especialmente los casos de Solana, Picasso y Dalí entre los españoles.

Autor muy versátil de técnica mixta, especialmente el grabado y otras técnicas de multiplicación. Incansable dibujan-

te, ilustró libros y revistas, sus obras se han reproducido en múltiples artículos y han decorado todo tipo de objetos cotidianos.

En su universo pictórico lleno de color y rabiosamente representativo de la segunda mitad del siglo XX, se reitera la iconografía de animales, bestias, personas-máquina y muy especialmente los peces. Antonio explicaba con placer una anécdota relacionada con la presencia de los peces en sus dibujos y pinturas. Decía que de niño en los jardines de la estación de Alcázar de san Juan, era asistido por una niñera, pero que una tarde de primavera ésta prestaba más atención a un soldado que la pretendía, que al mismo Antonio. El poeta viéndose abandonado por su niñera se metió en una alberca a coger los peces de colores que había en ella. El suceso se resolvió con el chapuzón y el susto de todos, pero desde entonces los peces fueron las estrellas del universo plástico de Fernández Molina.

Su vida expositiva comenzó más tarde que la literaria, aunque expone desde los últimos años cincuenta de manera esporádica y en presentaciones colectivas. La primera exposición personal es de 1968 en la galería Costa, de Palma de Mallorca presentando desde entonces su obra por toda España y con gran presencia en Alemania donde en alguna ocasión compartió sala con otros grandes escritores y artistas como Ionesco, Günter Grass, Lucebert o Appel entre otros. De manera menos permanente se encuentra su obra en toda Latinoamérica, y el resto de Europa.

Su obra sobrepasa la faceta anecdótica y humorística de un primer impacto, para entre color y fantasía, ser a veces muy satírica desde su universo de animales, símbolos y personajes imposibles. ■

Rafael Morales: Verdad o belleza

El pasado 29 de junio falleció en Madrid el poeta Rafael Morales. Había nacido en Talavera, en 1919, y mantenía bastantes vínculos con su ciudad natal, cuyo Ayuntamiento mantiene un premio literario con su nombre. En ella publicó también, en 1946, su segundo libro de poemas, *El corazón y la tierra*, tras el primero y que le dio mayor fama, *Poemas del toro* (1943) con el que se abrió la importante colección Adonais.

A partir de 1971 fue profesor de Literatura en la Universidad Complutense, hasta que se jubiló a finales de la década de los 80; había sido también director de *La Estafeta literaria* entre 1957 y 1962. Su *Obra Poética Completa* acaba de ser recogida en una cuidada edición de José Paulino en la colección Letras Hispánicas de Ed. Cátedra (nº 559; 2004).

Otros libros de Morales son: *Los desterrados*, de 1947; *Canción sobre el asfalto*, de 1954; *La máscara y los dientes*, de 1962; *La rueda y el viento*, de 1971; *Prado de serpientes*, de 1982; *Entre tantos adioses*, de 1993; y *Poemas de la luz y la palabra*, de 2003, que comentamos en el nº 26 de *Añil*. Así como una edición anterior de *Obra Poética Completa*, del año 1999 (en Ed. Calambur). Según el crítico de ABC Miguel



Rafael Morales, en una imagen de 2001

García Posada puede considerarse a Morales como poeta "neo-romántico y clasicista, uno de los últimos supervivientes de la generación de la postguerra".

De iniciales afanes republicanos en su juventud, tras la Guerra Civil mantiene una correcta relación con las diferentes opciones poéticas (y políticas) de la literatura española: tanto con García Nieto, como con Blas de Otero, por poner los ejemplos más extremos. En 1954 obtuvo el Premio Nacional de Literatura. Según su antólogo citado, José Paulino, el elemento fundamental en la poesía de Morales es la "rehumanización", lo que dicho en palabras del propio poeta no es sino "la preocupación por poner de relieve en el poema su propia emoción huma-

na, en vez de distanciarla u objetivarla, como en algún tiempo fue moda". El otro elemento clave en la poética del autor talaverano es su voluntad de comunicación, de ser comprensible, de llegar al lector, para lo que Morales hace un esfuerzo de claridad, de poesía abierta, limpia, con registros clásicos, que la hacen fácilmente inteligible. Una búsqueda pues de verdad y belleza, en un mismo acto creativo, como en la mejor tradición de los poetas de todas las épocas. Su obra debe permanecer en la memoria de todos. ■